

## AUTOBIOGRAFÍA

“Me nacieron”, como diría Unamuno, el 13 de abril de 1928. Mi madre me contó que nací en casa bajo la protección de la cinta de Santo Domingo de Silos. Como a hija mayor, se la había regalado su padre, mi abuelo Segundo Idígoras, quien la recibió de manos del Abad de Silos cuando instaló en el monasterio una enorme cocina económica que aguantó hasta el advenimiento del gas butano. Y la protección del santo fue tan palmaria, que para cuando llegó mi padre a casa acompañando al médico, yo había nacido *motu proprio* y sin ayuda alguna. Esto ocurrió en la Plaza de Guipúzcoa n. 10, piso 4º, a las 4 de la madrugada. Al día siguiente de nacer, fui bautizado en San Vicente por aquel venerable párroco, D. Vicente Barrena, y con muy pocos años recibí la Confirmación de manos del obispo D. Mateo Múgica. Al conocerme muchos años después y ya ciego, solía decirme: ¡Buena ración de Espíritu Santo te llevaste!

Soy, por tanto, donostiarra *de nacimiento*. Mas la verdad es que mis raíces profundas me alejan de esta bella ciudad. Mis padres fueron José Tellechea Jorajuría y Valentina Idígoras Aramburu; él, de Ituren (Navarra); ella, de Zumárraga, si bien su padre procedía de Arechavaleta y su madre de Ezkio. Al menos mis primeros ciento veinte apellidos –lo tengo averiguado– son vascos (navarros y guipuzcoanos). No presumo de ello, sencillamente los llevo. Los paseo honrosamente por el mundo, sin seudónimos ni alias. Bastaban los cuatro primeros para asegurar hidalguía según las normas de Felipe III. En todo caso, pertenezco a la ancha familia, definida por Jorge Manrique, de “los que viven por sus manos”; y de mis padres heredé como don precioso el espíritu de trabajo. Sin otros títulos ni adherencias honoríficas al final de mi vida, me precio, como en los documentos oficiales, de ser “hijo de José y Valentina”, dos extraordinarios trabajadores, él hasta los noventa años. Creo que he hecho honor a la herencia y ejemplo recibidos y asimilados.

Mi primera escuela fue la ikastola regentada por la andereña Josefa Subijana, en los bajos del n. 27 de la calle Usandizaga. Hace no tantos años pude visitarla, ya anciana, convertida en monja Brígida en Azcoitia. Las primeras letras las aprendí en casa, antes de ir a la ikastola. De ésta recuerdo la lectura del *Xabiartxo*. El año 1934 mis padres abandonaron San Sebastián y fueron a vivir a Ituren. Mi escuela a partir de aquel año fue la del pueblo, fundación de un Domenzain, con material escolar escogido y gratis. Un libro de lectura era *Corazón* de Edmundo de Amicis, rico en valores humanos, pero completamente aséptico en los religiosos. Todavía sigue en pie aquella escuelita que amo, con su pequeña tribuna frontal partida por una escalerita de acceso, y lamida lateralmente por un regato que baja del monte

Mendaur. Muchas imágenes perduran vivas en mi recuerdo: la estufa de la calefacción invernal coronada por un recipiente con agua, el juego de tizas de colores que usaba el maestro, los mapas de Paluzie con recortables de papel con los que recomponíamos los Estados de Europa, las Enciclopedias de distintos grados, la caja con figuras geométricas de fina madera (el cono truncado, el paralelepípedo, etc.), el cuadro de la Inmaculada al que en el mes de mayo llevábamos clavelinas blancas, porque en aquella escuela nunca se quitó el crucifijo, las ausencias frecuentes de niños por "ir delante de las vacas", los palmetazos de castigo a los rebeldes, en la mano y, lo que era peor, con los dedos en forma de piña y en punta... Paco Tena era el maestro, respetado por todos. Con él aprendí la regla de tres y la de Compañía, etc. Era argentino de nacimiento y por invocar tal condición ante la guerra civil, fue cesado. Algún tiempo lo suplió la maestra de niñas, Doña Teresa Eraso. Con clases particulares que a mí me dio, aprobé yo el ingreso en Bachillerato en San Sebastián, donde hice los dos primeros años en el Instituto de Peñafiorida. Todavía vive doña Teresa en Santesteban, y la suelo visitar. A ella, única superviviente de mis maestros de infancia, dedico este Premio con el que ella también se sentirá honrada.

Al final de septiembre de 1940 fui al Seminario de Vergara. Y digo fui, porque nadie me empujó ni me sugirió tal decisión. Más aún, previamente sin decir nada a nadie, ni siquiera en casa, me presenté a unas oposiciones a dos becas de la Excma. Diputación de Guipúzcoa, celebradas en este mismo salón en que estamos. Y dado el empate a puntos que había entre el segundo y el tercero, se creó una tercera beca que me permitió ir al Seminario, sin resistencia ninguna por parte de mis padres, más bien con gran complacencia de ambos, sobre todo de mi padre, que siempre consideró mi vocación como un regalo del cielo. Pero mi vocación siguió su curso gracias a esta Excma. Diputación a la que siempre me mostraré agradecido.

Tras un año en que Vergara –lluvia y hambre– en que hice dos cursos, en 1941 pasé a Vitoria a hacer el 3º de Humanidades. Diez años viví en aquel grandioso Seminario, repleto de seminaristas de las tres provincias y en años de esplendor y de entusiasmo. Tuvimos Superiores y profesores ejemplares, dedicados íntegramente a su tarea, y algunos de ellos verdaderamente notables. Diez años de aislamiento total del mundo, sin radios ni periódicos, consagrados seriamente a la formación humana, intelectual y espiritual, nos hicieron hombres, llamados y preparados para una misión espiritual. A todo lo recibidos durante los años de Humanidades, de Filosofía y de Teología de los profesores, he de añadir un dato personal de enorme incidencia en el curso posterior de mi vida: fui asistente de biblioteca de Filosofía y, sobre todo en los últimos años, ayudante de la biblioteca general al servicio de mi querido maestro, amigo y pariente –por el Aramburu– Don José Zunzunegui, el gigante callado impulsor de tantas cosas en aquel Seminario. Ahí es nada tener a disposición decenas de miles de

libros, poder seguir unas ciento cincuenta revistas europeas... al final de la década de los años cuarenta. Diez años más tarde en un Seminario español que yo sé solamente entraba la revista *Ecclesia* y se la guardaba el Rector; y todavía años más tarde y ya en tiempos del Concilio, en un Seminario Metropolitano estaba prohibida hasta la revista *Catolicismo*, que era una revista misional con muchas fotografías. ¡Cómo no agradecer el haber sido formado abierto a la Europa de la postguerra mundial y a la sombra de los mejores maestros!

Mas hay un detalle en esta formación recibida de gran incidencia futura que no debo silenciarlo. Junto a la asimilación de saberes, D. José Zunzunegui me abrió el camino a la investigación personal, esto es, hacia lo nuevo, hacia la verdad que había que conquistar personalmente. Amén de otros trabajos, me lanzó hacia el campo de la Patrística con un tema de investigación, Marcelo de Ancira, y un libro modelo en francés en el que inspirarme, el *Pablo de Samosata* de Gustave Bardy, con el que, por cierto, ya de seminarista, inicié una relación epistolar.

Los diez años victorienses fueron años de felicidad, de entrega generosa, de trabajo constante, de dedicación entusiasta, de maduración definitiva. Llegué con trece años, salí con veintitrés, convertido en un hombre, y además sacerdote. Recibí la ordenación sacerdotal en la catedral del Buen Pastor el 29 de junio de 1951 de manos del primer obispo de la nueva diócesis, Dr. Font Andreu. Fuimos la promoción primera de San Sebastián, si bien formados en franca hermandad con los de las otras diócesis vascas, hermandad que perdura en nuestra reunión anual y en nuestra asistencia a los funerales de condiscípulos. ¡Aún seguimos en pie más de la mitad, y fuimos cincuenta!

Con la cabeza bien poblada y amueblada y el corazón lleno de ilusión se me abría el horizonte nuevo en la vida, el que marcara mi Obispo. Mas no fue él, sino el amigo jesuita P. García Goldaraz, quien lo marcó, convirtiéndose en mi protector y recabando del Obispo el permiso necesario: mi destino primero sería Roma, donde pude ampliar estudios durante cinco años en la Universidad Gregoriana. A ella llegué ya mediado el mes de octubre de 1951 en compañía de mi condiscípulo y amigo José María Setién. No tuvimos plaza en el Colegio Español, y nos acomodamos en el Collegio per L'emigrazione italiana, de Via della Scrofa 70, donde nos encontramos con Josexo Laboa y Jesús Irigoyen (navarro).

Llegar a Roma con la cabeza bien amueblada o, por mejor decir, con antena parabólica puesta, es no pequeña fortuna, pues son infinitas las posibilidades de captación de saberes, y ello en un clima internacional que no se da en ninguna otra ciudad europea, por importante que sea. Piénsese en los múltiples Ateneos y Universidades regentados por diversas Órdenes religiosas, en la Curias generalicias e Institutos históricos de tantas Órdenes, en las múltiples revistas, colecciones, ediciones de fuentes de las instituciones antedichas: el

resultado es la reunión de cientos de maestros escogidos de todo el mundo. Solamente en la Gregoriana tuve profesores italianos, franceses, españoles, alemanes, belgas, holandeses, húngaros, lituanos, polacos, yankis, argentinos, etc. Lo mismo se podía decir del Instituto Bíblico, del Oriental, del Ateneo Angelicum, del Antonianum, del Theresianum, del Salesianum, del Instituto Pontificio de Arqueología. A esta constatación de personas, asequibles y deseosas de comunicar su saber, hay que añadir la red de bibliotecas espléndidas de las citadas universidades y ateneos, a las que hay que añadir la fabulosa Vaticana y las hoy estatales como la Nacional, la Angelica, la Casanatense, la Vallicellana, la Corsini, etc. Claro es que no basta que existan, hay que ir a ellas con curiosidad abierta e ilimitada.

Estoy por decir, sin vanidad alguna, que acaso fui el único en beber de estas frescas y abundantes fuentes. Aprovechaba para ello la única mañana libre de la semana. Y en esas visitas descubrí –y sigo descubriendo cincuenta años después– materiales escondidos e inéditos, cuya edición y estudio constituyen aportaciones novedosas. Así me encontré, el 6 de marzo de 1952, con los preciosos manuscritos del Arzobispo Carranza, que me han ocupado, al menos en parte, estos cincuenta años luego transcurridos.

En semejantes huertos nace y crece en el investigador la pasión del saber, de saber más, de saber lo que no es sabido de nadie, de comunicar lo nuevamente aprendido, de hacer retroceder un centímetro la línea de lo ignorado. En alguna manera, de resucitar muertos. Ya de estos años, y aun de antes, datan mis primeras publicaciones y artículos, a los que seguirán tantos otros a lo largo de toda la vida.

No he dicho que en Roma estudié Teología e Historia de la Iglesia. Dos opciones entre tantas posibles y opciones más, pues no fui enviado a estudiar algo concreto. La verdad es que en ese primer proceso del decenio vitoriano me entusiasmaba todo: las lenguas clásicas y la literatura –era niño cuando leí los dos tomos de González Palencia y los tres de Valbuena Prat–, la Filosofía y en ella la Psicología, y la Física, la Biblia, la Historia de los dogmas, la Historia de la Iglesia, la Patrística, hasta la Arqueología –recuerdo que leí el Manual de Lietzmann con permiso especial del Rector, porque era autor protestante– o el mismísimo Derecho Canónico. Y olvidada dejó mi afición por la Música.

Me decanté por la Teología y por la Historia de la Iglesia. Terminé el doctorado con la primera medalla de oro y llegué a hacer hasta los cursos de doctorado de la segunda, no rematados con la tesis sobre el Arzobispo Carranza, porque tenía que luchar constantemente con los prejuicios del director, por otra parte obligado, de la misma. No hice la tesis, pero me he entregado en libertad al tema y editado siete tomos del proceso inquisitorial y más de una docena de libros con textos inéditos y con estudios. Mi época romana fue extraordinariamente laboriosa y creo que fecunda. En mi horizonte

inmediato comenzó a aparecer la futura docencia en el nuevo Seminario de San Sebastián. ¿Confesaré que me preparé ilusionado para este cometido, soñando secretamente con hacer a mis alumnos teólogos tan felices e ilusionados como yo lo fui cuando cursé aquellos estudios?

\* \* \*

Aun con vocación de eterno estudiante y aprendiz, me llegó la hora de enseñar, poniendo en práctica la sabia máxima de fray Luis de León:

¡Dulce oficio oportuno!  
Que enseñar y aprender  
es todo uno.

Fue en octubre de 1956. Iniciaba una nueva etapa en la vida. Manos ajenas, aunque amigas, interfirieron para que mi vida quedase organizada del siguiente modo: un primer semestre lo dedicaba al Seminario de San Sebastián, donde explicaba Teología fundamental en 1º de Teología, e Historia Moderna y Contemporánea de la Iglesia en 2º. Además fui bibliotecario por generosa cesión del cargo por parte de José Luis Ansorena. Esto me permitía vivir en el Seminario, por lo cual a él fueron dedicadas todas las horas de todos los días.

El segundo semestre explicaba Historia de la Iglesia en el recién fundado Seminario Hispano-Americano, en la Ciudad Universitaria de Madrid. En él me encontré con buenos amigos de la época romana y con ellos conviví en aquella empresa de gran entusiasmo. Vivía con los seminaristas desde febrero a fines de mayo. Alguna mañana libre a la semana la empleaba en acudir al Archivo Histórico Nacional o a la Biblioteca Nacional; y todas las tardes trabajaba en la Real Academia de la Historia, donde se conserva el proceso del Arzobispo Carranza. La estancia en Madrid me permitió trabar gran amistad con el Dr. Marañón, con D. Ramón Menéndez Pidal, Laín Entralgo, Pérez de Tudela, Guillén Tato, Dámaso Alonso, José Antonio Maravall, Dña. Mercedes Gaibrois, D. Joaquín Blázquez, D. Manuel Ballesteros.

En junio y primera mitad de julio trabajaba en Roma, a la sombra de la Casa de Montserrat en Via Giulia, sobre todo en la Biblioteca y Archivos Vaticanos y en la Biblioteca Vallicellana. Agosto y septiembre los pasaba en Ituren elaborando trabajos sobre los materiales hallados durante los meses de archivo. ¡Cuántos libros y artículos llevan su datación en Ituren! Alguna vez me preguntaron desde el extranjero donde estaba esa Universidad.

Diez años exactos duró esta situación, volandera y diversificada, pero regular y fija. Fueron años de gran fecundidad en que mi vida discurrió por raíles fundamentales: docencia e investigación.

Docencia, con el objetivo primordial de que mis alumnos, junto a formación y reflexión sobre la Historia, llegasen a sentir gusto por ésta con ancho margen de comprensión y predisposición a cierta mentalidad histórica. E investigación, centrada ya fundamentalmente en la figura y proceso del Arzobispo Carranza –más de cincuenta mil páginas de fuentes–, pero abierta también a otros muchos temas. Casi nunca he trabajado por encargo; casi siempre he podido elegir figuras y temas que me han salido al paso en mis búsquedas: el flamenco Teodoro de Ameyden, Juan de Valdés, Miguel Molinos, la Monja Alférez, el Padre Larramendi, etc. Entre esta variada temática y ya desde el principio dediqué también no poco esfuerzo a temas vascos. Buena parte de los hallazgos aparecieron en *El Diario Vasco* y algunos fueron recogidos en mis *Papeles viejos*. Precisamente en mi último curso madrileño descubrí en la Real Academia de la Historia numerosos papeles del P. Larramendi, que llamaron profundamente mi atención, pues eran desconocidos. En 1966 se celebraba el III Centenario de su muerte. Comencé a darlos a conocer en un tomo de la *Colección de documentos para la Historia de Guipúzcoa* editada por la Excma. Diputación. Casi nadie se acordó de Larramendi en aquel Centenario. En años siguientes publiqué una decena de artículos y cuatro tomos de escritos, en su mayoría inéditos. Veinticinco años más tarde el Centenario del nacimiento de Larramendi dio lugar a cuatro Congresos. No había sido inútil mi trabajo.

\* \* \*

El año 1966 marca un hito en mi personal biografía. Convalidé el título de Historia en la Complutense madrileña con una tesina que mereció el Premio extraordinario. El profesor Pabón, Presidente del Tribunal, me propuso vincularme a su cátedra en la Complutense para luego abrirme camino en ella. Y renuncié a la propuesta, por seguir dedicado a los seminaristas. En el verano de aquel año y de modo inexplicable se cerró el Seminario Hispano-Americano. En aquella primavera murió el Prof. D. Luis Sala Balust, a quien pocos meses antes había saludado en Roma. Su cátedra en Salamanca me fue asignada tras concurso. El semestre madrileño era suplido por el semestre salmantino, en la Facultad de Teología de la Universidad de Salamanca, “milagro del celibato”, donde solamente el entusiasmo y generosidad de célibes podía arrastrar su proverbial pobreza. ¿Confesaré que mi primer salario no llegaba a tres mil ptas. en 1996, no en 1556, en tiempos de fray Luis de León? Jamás el dinero ha sido factor determinante en mi vida y tampoco lo fue entonces.

A partir de ese año en San Sebastián, Salamanca y Vitoria – un día a la semana en su nueva Facultad de Teología– completaban mi actividad docente. Cuatro años más tarde tuve que dejar San Sebastián por haber sido nombrado desde Roma miembro de la Comisión de Gobierno y Reforma de la Universidad a raíz de una célebre huelga de

los alumnos teólogos. Dos años duró la penosa tarea que abrió nuevos tiempos en la Universidad. En consecuencia, de 1970 hasta mi jubilación seguí fiel a mi semestre salmantino y casi otro tanto tiempo mantuve el día semanal de Vitoria. El trabajo regular tuvo una larga interrupción desde el otoño de 1980 hasta el de 1982, debido a un episodio clínico largo de contar.

Tras él y en cuanto pude, volví con igual ímpetu al camino, ya trillado, de la docencia y la investigación. En estos años de vida de propina –yo soy el primer asombrado– he publicado más de cincuenta libros, si no me fallan las cuentas, y creo que no me fallan. Una buena parte de mi esfuerzo se lo sigue llevando el Arzobispo Carranza: este año, el 6 de marzo se han cumplido los cincuenta años exactos de nuestro encuentro, es decir, de mi encuentro con sus manuscritos en la Biblioteca Vallicellana de roma. Mas, a los que piensan que sólo he investigado en Carranza les suelo decir que tal tema ocupa una cuarta parte de mis títulos de libros; tres cuartas partes versan sobre otros asuntos, no pocos de ellos de Historia Vasca.

Mi *Ignacio de Loyola. Solo y a pie*, traducido a siete idiomas, entre otros al euskera, en maravillosa versión de D. Pedro Berrondo; en curso las traducciones al japonés, al ruso, húngaro y polaco, ya en 7ª edición en español, ha sido libro de difusión mundial que a no pocos ha ayudado a descubrir a San Ignacio. Entre mis otras obras más voluminosas, más de seiscientas páginas cuenta el epistolario de Carmelo de Echegaray, y no menos de ochocientas el del Conde de Peñaforida, fundador de la Real Sociedad Bascongada, o el dedicado a la participación vasca en la Invencible. Siento cariño por Fray Martín Ignacio de Loyola y su viaje alrededor del mundo. Los epistolarios han sido tema predilecto: así he editado cartas de Basterra, de Grandmontagne, de Salaverría, de Regoyos... a Unamuno, recogidas muchas de ellas en un libro, *El eco de Unamuno*. He editado un amplio epistolario de pintores a Ignacio Zuloaga. Y, ¿cómo no olvidar a la Monja Alférez Doña Catalina de Erauso, o a los Corsarios guipuzcoanos, o a las pequeñas monografías sobre el Arte en Aranzazu o sobre Zumaya? ¿O los procesos de martirio en Japón (Nagasaki 1597) en los que se encontró fray Martín de la Ascensión?

Una obra de gran envergadura he iniciado a última hora, consagrada a esclarecer las relaciones de Felipe II con el Papado de su tiempo. He publicado ya dos tomos, está próximo a salir el tercero y en estado avanzado el cuarto y quinto: unos mil doscientos documentos reunidos nos permitirán hacernos una imagen más justa de aquel monarca. No sé si este esfuerzo es “políticamente correcto”. Jamás la política ha determinado mis opciones ni espero que lo hará en lo que me quede de vida. Y sí el amor a la verdad, a desvelar lo desconocido, a llenar nuestras lagunas, etc., a entender y comprender los recovecos del ser humano a lo largo y ancho de la Historia, esa “magistra vitae” que nos enseña machaconamente que el hombre aprende muy poco de la Historia y tropieza muchas veces en la misma piedra.

Esta facundia y deberes de amistad me han hecho participar recientemente en Homenajes a figuras insignes en forma de Misceláneas. Recuerdo a vuela pluma mi participación en los Homenajes de Vincke, Jedin, Siri, Redondo, Bataillon, De Luca, Rogger, Cenci –entre los extranjeros–; la Zunzunegui, Villanueva, Caro Baroja, Padre Donostia, M. Andrés, García Villoslada, Pérez Goyena, Florencio Marcos, Pérez Bustamante, Lope Cilleruelo, etc.

E igualmente tomar parte en Congresos, monográficos o no: Tours, Wolfenbüttel, Augsburg, Würzburg, Bologna, Nápoles, Roma, Oxford, y en muchos otros españoles, así como, fuera de Congresos, pronunciar conferencias en multitud de ciudades.

Sería injusto por mi parte silenciar en este punto dos galardones recibidos que estimo particularmente: el ser hijo adoptivo de Miranda de Arga, cuna del Arzobispo Carranza por mis trabajos sobre el ilustre hijo, y la Medalla de Oro de la villa de Andoain por mis investigaciones sobre Larramendi.

Después de treinta y dos años de docencia universitaria, me llegó la jubilación... de clases! Con mayores disponibilidades de tiempo libre, la tarea investigadora se refuerza, la mochila se carga de temas, la vida empieza a aparecer corta para la tarea que se programa. Suelo decir en broma a mis amigos que vivo tan enfrascado y feliz de mi trabajo, que no he tenido tiempo para darme cuenta de que he llegado a viejo. Estos últimos siete años he reanudado mis estancias romanas, no largas, pero sí intensas. Algunas veces moviéndome entre ficheros y estantes de la Biblioteca Vaticana con tanto afán y aprovechamiento de tiempo como hace muchos años, detengo el paso y me digo a mí mismo: ¡Que ha pasado casi cincuenta años desde que hacías lo mismo, y buscabas y más buscabas el dato perdido, el documento inédito, la noticia deseada! Medio siglo más tarde aquel recinto, verdadero templo del saber, sigue siendo “Paradisus animae quaerentis”, paraíso del alma en búsqueda.

Cuando esa actitud domina nuestra existencia y la llena de sentido, ¡qué poco importan otras cosas, tanto ruido y aturdimiento, tanta noticia hinchada cuando no falsa, el afán de medrar o triunfar, la vulgaridad que por todas partes nos inunda. ¿Vivo fuera del tiempo, de mi tiempo? El venerable Arzobispo de Valencia, Mons. Olaechea, que me conoció siendo yo niño, me solía decir con harta intención: “-Ah, pícaro! Prefieres vivir entre muertos ilustres que entre vivos vulgares”. A lo que solía responderle: “-Sí, es que a los muertos los elijo yo”. Mas, en realidad, estos muertos ilustres con los que nos familiarizamos acaban siendo vivos para nosotros. Al fin, en el último sustrato de nuestro ser humano, todos nos parecemos tanto...!

Desconozco infinidad de cosas del mundo que me rodea, enumerarlas sería muy cansado. Mas entre ellas, que acaso podréis imaginarlas, hay una que no sospechais y que parece ser muy común: el aburrimiento. No sé lo que es este mal del siglo y de la juventud. Anchos espacios de mi espíritu íntimo están poblados ahora mismo de proyectos: el epistolario del Cardenal Reginaldo Pole, la edición crítica



del Catecismo latino de Carranza, un reportaje sensacional sobre la brujería, las desgracias del Cardenal Carlos Carafa, el proceso inquisitorial de Dña. Marina de Guevara, los escritos místicos del Padre Cardaveraz, etc.

Seguramente no podré dar remate a tanto proyecto. Dicho tengo que cuando me muera, me metan en el féretro mi pequeña máquina portátil, no ordenador; porque bajo tierra no debe haber corriente eléctrica pero sí mucho tiempo para aprovechar para seguir trabajando.

No sé si queréis premiar lo que he *hecho* en mi vida, o también y más bien este *talante* creativo, amasado con horas y horas de trabajo.

En todo caso, muchas gracias. Eskerrik asko.

José Ignacio Tellechea Idígoras, 2001.

[Discurso con motivo de la concesión del Premio Manuel Lekuona 2001 a José Ignacio Tellechea Idígoras]